

## India.—Noticia histórica

No puede pretenderse la menor precisión en la historia hinda anteriormente a la época en que los Griegos de Alejandro atravesaron el Indo. Se coloca, pues, muy vagamente treinta siglos antes que nosotros el descenso de los Arios del Pendjab y cinco o seiscientos años después la formación de reinos en la llanura del Gangá.

El Rig-veda fué compuesto en parte sobre la meseta irania; el Ramayana se recitaba, supónese, desde el siglo VIII antes de Jesucristo, en tanto que los otros tres Vedas (Sama, Yajus, Atharva), el Mahabharata y las leyes de Manu no se fijaron hasta más tarde, quizá en los primeros siglos de la era vulgar.

La fecha de la muerte de Buddha (Gautama, Siddarta, Çakya-Muni) se fija por unos en 543 del antiguo cómputo,—esa es la cifra adoptada para el principio de la era del Nirvana,—por otros entre los años—482 y—472.

Alejandro reside en el país de los Cinco ríos desde—327 a—325. Cincuenta años después, Açoka-Payadasi reina en Taxila; fué, antes de la época de los imperios mongoles, el único príncipe cuyo reino se extiende desde las orillas del Iaxartes hasta las costas de Ceylán.

Sin detenernos en la historia de los pequeños principados que se reparten después la India, citemos solamente algunas individualidades pacíficas:

SCYLAX DE CARYANDA, viajero. . . . .	principio del v siglo antes de la era vulgar.			
CTESIAS, viajero. . . . .	— — IV — — — —			
PANINI, gramático. . . . .	medio — IV — — — —			
MEGASTHENES, embajador. . . . .	fin — IV — — — —			
KALIDASA, autor de <i>Sakuntala</i> y otros poemas, a 300 años próximamente. . . . .	III — — — —			



## INDIA

*Et solo nombre de la India basta para evocar todo un mundo de prodigios.*

## CAPÍTULO XII

INDIA E INDIAS.—CEYLÁN.—PRIMEROS HABITANTES.—LLEGADA DE LOS ARIOS.—PAÍS DE LOS CINCO RÍOS.—CANTOS VÉDICOS.—BRAHMANISMO.—VÍAS Y BARRERAS.—CASTAS.—APARICIÓN Y ABSORCIÓN DEL BUDDHISMO.—EXPEDICIÓN DE ALEJANDRO.—GRIEGOS EN ASIA.—COMUNICACIONES MARÍTIMAS.—EXPANSIÓN TRIUNFAL DEL BUDDHISMO.

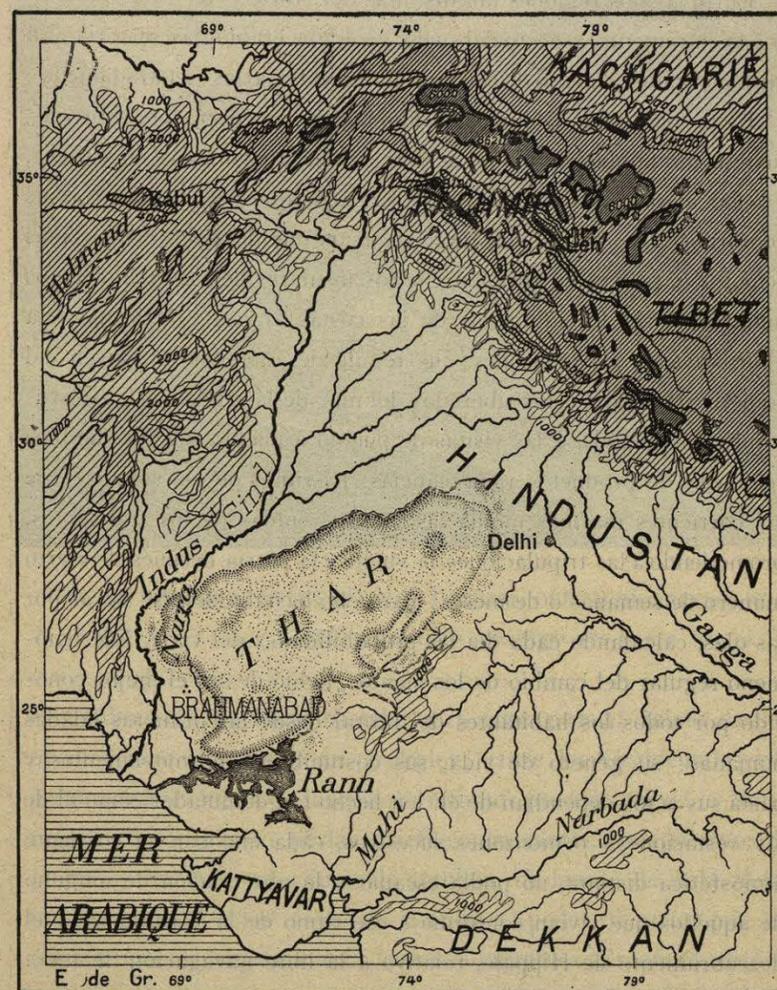
EL nombre geográfico «India» ha cambiado singularmente de valor durante todo el período histórico. Primeramente no fué más que la denominación del río Sindhu—Hindu,—el Indo de nuestros días, que se aplicaba por extensión a las comarcas que riega esa poderosa corriente de agua; después, por aproximación y contacto a todas las tierras que se extienden al lado opuesto

hasta las costas del Océano Pacífico y a todas las islas esparcidas a lo lejos. Y ocurrió que hasta dos o tres mil años después de haberse establecido comunicaciones directas entre las costas del Mediterráneo y las bocas del Indo, las palabras «India» e «Indios» se aplicaron a las islas, a los continentes y a los habitantes del Nuevo Mundo descubierto por los Españoles. De ese modo, todas las regiones situadas fuera de las partes de la Tierra conocidas por los antiguos Griegos fueron consideradas como «Indias», orientales y occidentales, continentales e insulares. La singular fortuna de este nombre geográfico que, bajo su forma primitiva, Sind, no designa más que el país del delta y un torrente, afluente del Djelam en la parte inferior de Srinagar, atestigua, más que ningún otro hecho, el sentimiento de admiración que provocaron entre los Occidentales los productos traídos del otro lado del Immaus, y el respeto misterioso que rodeó a los que traían el idioma y la civilización arios, establecidos, en los orígenes de la historia escrita, en las riberas del gran río.

La India, en su sentido restringido, se nos presenta de una manera perfectamente determinada y en un conjunto de bellísima unidad. Es una «expresión geográfica», como en otro tiempo lo fué Italia: la mar al Sud, y, al Norte, un prodigioso anfiteatro de cumbres, desplegándose desde el mar de Arabia hasta el golfo de Bengala; destacándola claramente del resto de Asia, hacen de ella una individualidad distinta de una extensión grandísima, cerca de cuatro millones de kilómetros cuadrados, si se le abarca en sus grandes contornos, sin tener en cuenta sitios precisos donde hayan de pasar los límites naturales y las regiones limítrofes o insulares que han de considerarse como de su dependencia. El todo afecta una forma casi regular, compuesta de dos triángulos reunidos por su base, uno, el del Norte, que presenta su punta obtusa hacia los manantiales del Indo, entre los montes del Afghanistan y los de Kachmir; el otro, el del Sud, que dirige su promontorio agudo a las aguas del Océano Indico. Estos dos triángulos yuxtapuestos, bajo el aspecto de una gigantesca raya, corresponden exactamente a dos regiones naturales bien delimitadas. El triángulo septentrional está constituido por las dos cuencas del Indus y del Ganges de las grandes llanuras aluviales; es la región que, bajo la dominación del gran Mongol,

fué especialmente designada por el nombre de Hindostán. El triángulo meridional es una extensa meseta, el Dekkan, que limitan al

N.º 228. India primitiva.



Norte casi geoméricamente la arista del Satpura y sus prolongaciones, al sud del río Narvada. La isla de Ceylán forma parte evidentemente de la India meridional, a la que le une una cadena de arrecifes, restos de un istmo antiguo. Asimismo, las cadenas de islas

que se continúan desde las Laquedivas a las Maldivas y a los bancos de Tchagos aparecen sobre un mapa de las profundidades marinas como un apéndice natural de la península hinda.

Entre las dos regiones tan distintas del Norte y del Sud, todo contrasta claramente, aspecto del suelo, geología, etnología e historia, y el mismo encadenamiento de las cosas induce a tratarlas separadamente.

Es probable que la India meridional, en las épocas prehistóricas, tuviese las poblaciones más activas y más adelantadas en cultura, gracias a sus puertos naturales, a las islas que dan variedad a sus contornos, a las facilidades de navegación que desde los tiempos más remotos le ponían en relación con los insulares de los archipiélagos malayos y con los indígenas de las costas árabes y africanas. La alternativa de los monzones, que regula de antemano el vaivén del comercio, invitaba a los ribereños del mar de las Indias a los descubrimientos lejanos, a las visitas de pueblo a pueblo y a los cambios regulares de productos y mercancías. El ritmo de los vientos y de las corrientes marinas medía las idas y venidas de los traficantes, prometiendo a las tripulaciones la vuelta a la patria después de cierto número de semanas o de meses; para ello bastaba dejarse llevar por las olas, calculando cada día las probabilidades del viaje. Ese fenómeno regular del cambio de los vientos, debió de ser el mejor conocido por todos los habitantes del litoral desde las primeras edades humanas: su género de vida, sus costumbres, sus movimientos y hasta sus actos dependían de él. Un hecho tan dominador como el de las «estaciones» o monzones sucesivos, cada uno con su corriente atmosférica distinta, no podía escapar a la observación de ninguno de aquellos que vivían conforme a ese ritmo de la Naturaleza, y el descubrimiento de Hippale, relativo a la libre navegación de fuera bajo el soplo de los monzones alternantes, no fué un descubrimiento más que para los Griegos, habituados a los viajes en el Mediterráneo, recorrido por vientos en apariencia caprichosos.

¡Cuán admirables debieron parecer a los Arabes y a los Somalis venidos de tierras áridas, limítrofes del desierto, aquellas hermosas riberas del Konkan y del Malabar, con sus blancas ciudades entrevistas a través de la frondosidad de los mangles y bajo las extendidas palmeras! Así referían sus maravillas con entusiasmo. Gracias a ellos,



VALLE DEL SIND, AFLUENTE DEL DJELAM, CERCA DE SRINAGAR

*De una fotografía comunicada por la Sra. Massieu.*

el nombre solo de India bastaba para evocar en el ánimo de sus oyentes todo un mundo de prodigios; entre los Occidentales esa palabra era sinónima de los tesoros infinitos procedentes de la Naturaleza y del arte: oro, perlas, marfiles, diamantes, ricos adornos de plumas y conchas, telas finas de algodón, de lana y de seda. Además, se atribuía a los magos de la India el poder de crear, por sus encantamientos, riquezas todavía más admirables. Entonces tenía la península india toda la grandeza y la poesía que el misterio añade a una realidad espléndida: todo lo que se sabía y todo lo que se imaginaba de la admirable comarca entretenía prestigiosas narraciones, y las fábulas aumentaban al infinito los prodigios referidos de pueblo en pueblo sobre los caminos de la historia; parecía que la India fuese un inmenso paraíso.

Más admirables aun que la península, debían aparecer a los marinos las islas del Sud, que son su dependencia natural, de un lado

las Maldivas, de otro la tierra de Ceylán. En muchos otros puntos de los mares tropicales se elevan islas coralígenas, formadas, como las Maldivas, de anillos de coral blanco que sobresalen de las aguas profundas y contienen en su interior un lago circular de agua tranquila; pero en ninguna parte esos atolls o islas circulares se suceden en tan gran número y con tan constante regularidad. Los diecinueve archipiélagos, que ocupan ocho grados de latitud de Norte a Sud, forman juntos un anillo prolongado, y cada uno de ellos desarrolla por sí mismo sus tierras en anillos redondos u ovals, compuestos de islas o islotes igualmente anulares: el mismo tipo de atoll se reproduce al infinito. «Dos mil», tal es el número de islas de que el sultán de las Maldivas se atribuye orgullosamente la posesión; pero los marinos, que las han contado, hallan muchas más todavía, cuarenta mil a lo menos, construídas todas del mismo modo que los políperos y elevando uniformemente su cintura de arrecifes a dos metros sobre el nivel del mar: en todas partes los mismos cocoteros se inclinan sobre la línea infinita de las rompientes, y las mismas conchas rellenan las anfractuosidades de la roca calcárea y cubren las arenas de la orilla. Temíanse aquellas islas que surgen bruscamente del abismo oceánico, pero desde hace miles de años, mucho antes que el oro y la plata sirvieran de medio de cambio, los marinos venían a recoger sobre las playas de las Maldivas las blancas porcelanas o *cauri*, que fueron la moneda universal sobre todas las costas del mar de las Indias y que, recientemente todavía, la moneda complementaria indispensable sobre los mercados del Africa, hasta en las cuencas del Níger y del Senegal.

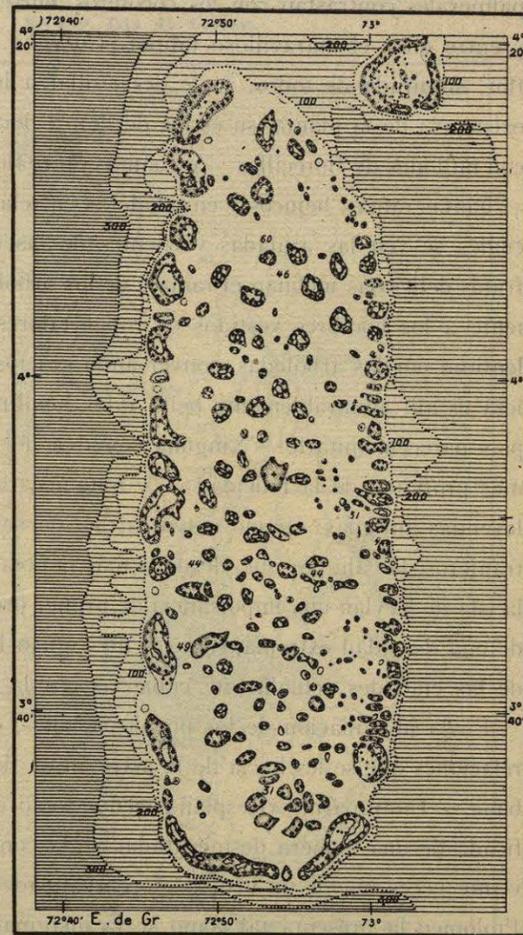
Ceylán, la gran isla que, a lo menos en apariencia, está separada del continente, le resume por la belleza de sus formas: es una segunda India, ya bastante extensa, pero presentando en pequeño todos los esplendores de la tierra vecina. El imponente macizo de montañas que le domina al Sud semeja a los grupos de montes casi insulares del mediodía de la península; pero ha llegado a ser con mucho el más famoso, gracias a una de sus cumbres, no la más elevada, que tiene sobre la redondez de la cima, en medio de los ramilletes de altos rododendrons, la huella de un pie, el de Adán, el primer hombre, dicen los cristianos y los mahometanos; el de Budha o de

un dios, piensan las gentes de los antiguos cultos, y no sólo entre los devotos, sino también entre los adoradores de la fortuna se ha hecho célebre aquella altura a causa de su riqueza en piedras preciosas, granates, zafiros, topacios y rubíes; al sud de la montaña, la playa ondulada de Ratnapura o «Ciudad de los Rubíes» está formada del polvo de las gemmas rotas por las olas. Hacia el norte de la isla, en la colina a cuyo pie se extendía la ciudad capital de Anaradjapura, existía en otro tiempo un templo, dice la leyenda, que terminaba por un carbunco color de fuego que iluminaba el espacio como un faro. Otras narraciones nos hablan de un prodigioso imán hacia el cual eran atraídos los barcos por fuerza a través

de las olas del Océano: este imán es la isla misma, la admirable tierra de los cristales y de las perlas.

Pero la belleza de Ceylán consiste principalmente en su vegetación maravillosa, comparable a la de Java y de Borneo. Uno de los sitios más admirables y más admirados del mundo es el jardín fron-

N.º 229. Ari. Atoll de las Maldivas.



1: 800 000

Las cifras indican las profundidades en metros.